

LA FERTULIA.

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

10 cts.

DOMINGO 28 DE ABRIL DE 1850.

N.º 93.

LA CRUZ DE MAYO.

Si eres padre de familia ¡ó caro lector! prepara tu bolsillo para sufrir repetidos asaltos; y si no lo eres, prepáralo también que ya el día 3 de mayo se acerca.

¿Quién es aquel caballero que camina vestido con un frác que presenció la jura de la constitucion el año 12 y cubierta la cabeza con un sombrero (vulgo tambora ó gòndola) que estrenó el 10 de marzo del año 20? Pues ese es un abuelo que lleva á cuatro, ó cinco, ó seis, ó siete, ú ocho, ó nueve, ó diez, ú once, ó doce, ó mas chiquillos á la plaza de los Descalzos para comprarles una carga de flores y volver triunfante con ellas á su casa. Allí, en la mejor habitacion (salvo la sala) se viste un buen pedazo de las paredes con una colcha de zaraza, donde se ven unos descomunales ramajos y unos rabiosos colorines que hacen volver el pié atrás al hombre mas denodado que los contemple.

Arrímase á la pared una gran mesa de caoba, tan negra como el ébano, la cual fué construida en tiempo de la guerra de sucesion: sirvió luego para en el casamiento del padre de nuestro abuelo firmar los contratos matrimoniales, para en el bautismo de éste poner en ella una batea con dulces y para todos los menesteres mas honrosos que en la casa se ofrecian. Ahora en todo el año se usa para que los niños formen en ella sus soldados de plomo y sus pájaras de papel, ó escriban planas de puntillos ó palotes.

Esta mesa, pues, se cubre con una colgadura de damasco carmesí, que en parte amari-

llea, y en parte toma el color de lila y que sirve en los dias de colgaduras y luminarias para adornar los balcones de la casa paterna.

Sobre esta mesa con tal tapete ponen una sobre-cama de holanda, zurcida, no por Casademunt, sino por una vieja quintañona que para todo necesita el auxilio de unas gafas, con las cuales veia bien ha unos veinte años; pero que ya solo le sirven de adición á los ojos, sin sacar de ello mas fruto que observar fielmente su antigua costumbre de ponerse antiparras para hacer calcetas.

Una gran Cruz de madera forrada de papeles de colores y oropel, cercada de multitud de vasos y jarros de China que vinieron á España en tiempos del rey Carlos 5.º y que ya están rajados y con algun cacho menos, no por añadidura, sino por quitadura, está en medio de la mesa.

Tales vasos y tales jarros contienen flores del tiempo, como malvarosa, yerba luisa, chicharitos, alelíos y alguna que otra rosa estrujada ó deshojándose. Las flores aristocráticas nunca adornan los altaritos que se ponen en los dias de la Cruz de mayo, puesto que los ramos que se encierran en los vasos han costado al papá abuelito todo lo mas un cuarto cada uno en la plaza de los Descalzos.

Además de estas flores, adornan el altar dos velas de cera de las de seis en libra, y mas de cuarenta velitas de las de á dos cuartos, colocadas en candeleros de hoja de lata.

A esto se reducen los altares de la Cruz de mayo, que las mamás enseñan gozosas á las señoras y caballeros que van á visitarlas.

Muy frecuentemente acaban los altares en armar una contienda los muchachos, y en solfearse una sonora cachetina, en medio de gritos, quejas y llantos. Acude al estruendo de

las lamentaciones y de los cachetes el papá, y lo que empezó en cachetina pueril, termina en zurrubanda dada por una mano paternal. La mamá, sensible al mal tratamiento de los hijos de su alma, reprende al padre por el abuso de la fuerza y por la cólera descargada sobre las posaderas de la devota é insurgente chiquillería. Traban una riña el papá y la mamá, y el altar de la Cruz de mayo sirve al fin de alterar la paz doméstica con poco saludable ejemplo para los niños, y con aliento para la curiosidad de las vecinas. En medio de esta disputa, el abuelo carga con los chiquillos y los lleva á un desvan de la casa, donde para contentarlos y alejarles el llanto les refiere el cuento de la buena pipa, ó aquello de: *era vez y vez un gato que tenia los piés de trapo y los ojos al revés. ¿Quieres que te lo cuente otra vez?* Los niños se rien, y se entretienen en quitar los botones del vetusto chaleco de su abuelo, ó en desatarle la corbata blanca.

Esto sucede con los altares de la Cruz de mayo, dentro de las casas. En cuanto á fuera, los chiquillos pobres acosan con una batea ó platillo á todo transeunte, pidiéndole limosna para la Santa-Cruz de mayo. Cruz que no tienen en su casa. La Cruz de ellos es cosa puramente ideal.

La autoridad consiente por costumbre que por espacio de una semana se moleste á todo fiel cristiano con las importunas peticiones de una desenfrenada chiquillería; la cual casi siempre sale bien librada de sus demandas, puesto que muchos por quitarse la mosca de encima, le dán uno ó mas cuartos. Menos cuando el pedido es un inglés, que cansado de las porfías de los muchachos en vez de darle la limosna que solicitan, les regala una puñada en las narices ó en los ojos, haciéndoles la mosqueta, ó levantando una espantosa hinchazon en la cabeza á la turba pueril y pedigüeña.

Los chiquillos piden por las calles para la Santa-Cruz de mayo, diciendo *que ni come ni bebe en todo el año.*

Es cierto que la Cruz no come, pero la Cruz para quien piden sí, y tres veces al dia.

Padre de esos muchachos hay que querria que á las prendas de su corazon se aplicase aquello del no comer ni beber.

RECOMENDADO.

Señores redactores de *La Tertulia*.—Muy señores nuestros: En el número 93 del apreciable periódico que ustedes redactan, hemos leído el análisis del drama titulado *Hugo*, obra del señor Dominguez.

Ustedes afirman que oyeron en la representacion de este drama que decian los actores. *Echar un broche á la memoria, pisar el dintel de una puerta, tener las flores sus dolores, posarse los pájaros en los petalos de las flores, escuchar los arrullos de los mochuelos* y otras frases por el estilo que no recordaban.

Ustedes, guiados sin duda por amistad con el señor Dominguez, ó por pura galantería, creen que estos yerros quizá no serían del autor, sino de los actores que no sabrian bien sus papeles.

A los actores se dirige un cargo sin fundamento, puesto que el drama del señor don Miguel Dominguez se puso en escena despues de perfectamente sabido por todos y de ensayado á gusto del autor.

Esas palabras que ustedes censuraron no fueron inventadas por los actores, sino que están en *El Hugo*. Los actores no han sido mas que fieles intérpretes de lo escrito por el señor Dominguez. Asi como nos apresuramos á desvanecer las acusaciones que sin justicia se les hagan, tampoco queremos que aparezcan como usurpadores de las glorias y pensamientos ajenos.

Frases semejantes á las que ustedes censuran se encuentran á cada paso en *El Hugo*. En el último acto, cuando la heroína está agonizando, su amante que se halla presente, en vez de llorar su temprana muerte, ó de ayudar á su amada á bien morir con un Cristo en la mano, dice:

Me voy á ver las flores,

resolucion muy heroica y que algunos del público aplaudieron con decir: *Vaya usted enhorabuena.*

Quizá, como ustedes dicen muy bien, no serán estos yerros del autor. Pero en cuanto á que sean de los actores por no saber bien los papeles del *Hugo*, ustedes nos permitirán

que les digamos, que harto estudiado los tenían, y tan hartos, que estaban mas que hartos de saberlos.

Nosotros al propio tiempo que hacemos esta declaracion, queremos ser galantes á imitacion de ustedes con el señor Dominguez. Los errores que ustedes citan no provendrán del autor del *Hugo*. Quizá serán de los cajistas, si el drama está impreso (cosa que no creemos) ó de los amanuenses del señor Dominguez, si el drama (como pensamos) permanece inédito.

De cualquier modo, tengan ustedes á bien insertar en su apreciable periódico este artículo, seguros del agradecimiento de sus seguros servidores Q. B. S. M.—*Varios amigos de los actores del teatro del Circo.*

Con satisfaccion por una parte y por otra con sentimiento, damos lugar en las columnas de *La Tertulia* al precedente artículo, en prueba de imparcialidad y en cumplimiento de la ley de imprenta. Con satisfaccion decimos, porque á actores tan apreciables y estudiosos como la señora Leon y los señores Garcia y Córte, dirijimos un cargo que se han apresurado sus amigos á desvanecer con una delicadeza que los honra.

Con sentimiento, repetimos, porque resultan todas las censuras hechas al lenguaje del *Hugo* contra su jóven autor, harto conocido y estimado en lo que vale por otras aplaudidas composiciones.

Tambien sentimos que los remitentes atribuyan á los amanuenses del drama *Hugo* las faltas de locucion que han motejado, no sea que éstos á su vez nos dirijan otro artículo.

FERIA EN PUERTO-REAL.

En los dias 3, 4 y 5 del vecino mes de mayo, se celebrará en Puerto-Real la feria que todos los años atrae á aquella villa tanto concurso de forasteros.

El señor Alcalde don Francisco Capriles ha publicado el programa de los festejos que se preparan en Puerto-Real: documento en que se dice que *la autoridad local ha nombrado agentes que visiten los establecimientos públicos, á fin de que estén abundantemente surtidos de los principales ramos de consumos y vigilen su buena calidad y demás anesidades.*

Celebramos la vigilancia de la buena calidad de los consumos, y sobre todo, de las *anesidades*. Sin vigilar estas *anesidades* de los consumos, los forasteros iban á estar muy disgustados en la noble y derrengada villa de Puerto-Real.

Termina el programa con estas palabras: «Además de los festejos referidos, y sin omitir la brillante iluminacion y adornos de la fuente establecida en la indicada plaza, se estrenarán unos arcos góticos que han de estar colocados á su entrada: los cuales, como el frente y costados de aquella, se verán perfectamente iluminados por la diversidad de bien coordinados vasos, *presentando una vista imponente y grata á los circunstantes.*»

La perfeccion en iluminar los arcos góticos, consistirá nada mas que en la diversidad de bien coordinados vasos. En esto nos hallamos conformes con el autor del programa. Pero francamente lo decimos. En una sola cosa debemos censurar á los directores de estas fiestas. Santo y bueno es levantar arcos góticos, é iluminarlos con la perfeccion que dá la buena coordinacion de vasos, pero que esto se convierta en *espectáculo imponente para los circunstantes*, es una circunstancia que no podrá menos de asustar á los circunstantes.

Deseamos que la feria de Puerto-Real esté tanto ó mas concurrida que en años anteriores, y que así el señor Alcalde, como los individuos que forman la comision de festejos, logren su laudable objeto de promover por todos los medios que estén á sus alcances la concurrencia á esa villa.

POESIAS.

Del *Heraldo* trasladamos á las columnas de *La Tertulia* las siguientes poesías de un jóven que promete honrar con sus obras el moderno Parnaso español.

La modestia.

Por las flores proclamado
rey de una hermosa pradera,
un clavel afortunado
dió principio á su reinado
al nacer la primavera.

Con magestad soberana
llevaba y con noble brio
el régio manto de grana,
y sobre la frente ufana
la corona de rocío.

Su comitiva de honor
mandaba por ser costumbre
el céfiro volador,
y habia en su servidumbre
yerbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,
porque tambien era uso,
quiso una flor para esposa;
y régiamento dispuso
elegir la mas hermosa.

Como era costumbre y ley,
y porque causa delicia
en la numerosa grey,
pronto corrió la noticia
por los estados del rey,

Y en revuelta actividad
cada flor abre el arcano
de su fecunda beldad,
por prender la voluntad
del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas
engalanarse se vian
con harta envidia, dispuestas
á ver las solemnes fiestas
que celebrarse debian.

Lujosa la corte brilla;
el rey admirado duda,

cuando ocultarse sencilla
vió una mansa florecilla
entre la yerba menuda.

Y por si el régio esplendor
de su corona la inquieta
pregúntale con amor:
—¿Como te llamas?—Violeta,
dijo temblando la flor.

—¿Y te ocultas cuidadosa,
y no luces tus colores,
violeta dulce y medrosa,
hoy que entre todas las flores
vá el rey á elegir esposa?

Siempre temblando la flor,
aunque llena de placer,
suspiró y dijo:—Señor,
yo no puedo merecer
tan distinguido favor.

El rey suspenso la mira
y se inclina dulcemente;
tanta modestia le admira;
su blanda esencia respira
y dice alzando la frente:

—Me depara mi ventura
esposa noble y apuesta;
sepa, si alguno murmura,
que la mejor hermosura
es la hermosura modesta.

Dijo, y el aura afanosa
publicó en forma de ley,
con voz dulce y melodiosa,
que la violeta es la esposa
elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas;
ambos esposos se dieron
pruebas de amor manifiestas;
y en aquel reinado fueron
todas las flores modestas.»

El sauce y el ciprés.

Cuando á las puertas de noche umbría,
dejando el prado y la floresta amena,
la tarde melancólica y serena
su misterioso manto recogía,

Un macilento sauce se mecía
por dar alivio á su constante pena,

y en voz suave y de suspiros llena al son del viento murmurar se oía.

—¡Triste nació mas en el mundo moran seres felices, que el ponoso duelo y el llanto oculto y la tristeza ignoran. Dijo, y sus ramas esparció en el suelo.

—Dichosos ¡ay! los que en la tierra lloran, respondiéndoles un ciprés mirando al cielo.»

JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

TEATRO PRINCIPAL.

El miércoles último se ejecutó en el teatro Principal *La Favorita*, en la cual hizo su primera salida la señora Ercilia Agostini. Si esta artista, á quien no se puede negar ciertas buenas dotes, hubiera seguido los consejos de *La Tertulia*, no hubiera elegido para su estreno una ópera que además de haber sido ejecutada en Cádiz por eminentes cantantes no se hallaba de manera alguna en su cuerda, y es seguro que entónces no hubiera sufrido el desengaño que tuvo en aquella noche; y decimos desengaño, porque una artista acostumbrada á recibir aplausos en otros teatros, no se aguarda ser recibida con tanta frialdad como la que mostró el público en la representación de *La Favorita*. Pero es seguro que si en lugar de esta partitura se hubiera estrenado en *Los Montescos y Capuletes*, haciendo el papel de contralto que le corresponde, hubiera recogido laureles en lugar de espinas, plácemos en vez de sinsabores. Pero empeñarse en cantar de tiple, es lo mismo que si el señor Porto, bajo profundo de gran mérito, se propusiera hacer de tenor. Las muy buenas facultades de la señora Ercilia Agostini como contralto quedaron deslucidas en *La Favorita* por querer que su voz sea de soprano. Así los puntos altos son sin duda alguna poco gratos al oído, al paso que sus puntos medios, y especialmente los bajos, son llenos, hermosos y claros. Por esto en un ária del tercer acto, en la cual tuvo ocasion de lucir estos puntos, recibió algunos aplausos: y en las demás piezas fué escu-

chada con sepulcral silencio. Esta circunstancia, la de hallarse algo indispuerto el señor Volpini, que por lo mismo estuvo muy poco feliz aquella noche, y el estar poco ensayada la ópera, siendo, como lo es, una de aquellas que requieren muchos ensayos y gran aparato, todo esto y algunas otras cosas fueron causa mas que suficiente para que el público quedase muy disgustado de la ejecución de *La Favorita*. Sin embargo, debemos decir en honor de la verdad, que la señora Albini, que hizo el papel de segunda sin corresponderle, agradó extraordinariamente en la cavaleta que cantó en el tercer acto; mas tambien es cierto que ejecutó esta difícil pieza con la maestría y con el gusto y afinación que mostró en la *Padilla*. Justos fueron, pues, los aplausos con que el público la recompensó. Puede estar firmemente persuadida la señora Albini que sus buenas dotes, su belleza y sus distinguidas maneras, le han hecho atraerse en poco tiempo las simpatías de todos los gaditanos que siempre la escuchan con sumo placer. Reciba, pues, esta jóven artista nuestro mas sincero parabien por las muestras de aprecio con que aquellos la distinguen, y animela esto en sus tareas para continuar como hasta ahora mereciéndolo.

El señor Porto y el señor Assoni llenaron bien sus respectivos papeles de Baltazar y don Alfonso Onceno, pero por desgracia no eran ellos quienes habian de sostener el principal peso de la ópera.

Antes de concluir daremos un amistoso consejo á la señora Ercilia Agostini, y es que si quiere enmendar su falta en la mala eleccion de la ópera para su estreno, cante la primera vez que vuelva á salir á la escena *Los Montescos y Capuletes*, en la cual podrá dejar bien sentado su nombre como cantante, que tanto sufrió en la memorable noche del miércoles.



JUAN PERILLAN.

NOVELA ORIGINAL.

Capítulo octavo.

En que se verá cómo Perillan se grangea la voluntad del baron.

Luego que Perillan llegó á la casa del baron, puso en manos de la vieja cocinera la carta del enamorado Macías para que la diera en la primera oportunidad á la hermosa Sabea. En seguida preguntó por el baron, y respondiéndole su interlocutora hallarse en el escritorio, se dirigió á él, siendo de ver la revolución que hizo en su fisonomía, tomando cierto aire de importancia y superioridad que no le hemos visto en el transcurso de esta verídica historia. Casi sin pedir permiso entró hasta donde el baron, sentado en una butaca y teniendo en la mano derecha el libro del *Lazarillo de Tormes*, novela famosísima del inmortal Hurtado de Mendoza, se estaba sonriendo porque acababa de leer el pasaje en que el picaresco personaje hizo saltar á su ciego contra una pared, diciéndole que tal hiciera, porque tenia un arroyo que pasar.

La voz de Perillan sacó al baron de su enagenamiento. —Caballero, le dijo, saludo al noble partidario del legítimo monarca. El conde de Torrefirmo me ordena hablar con usted. —Entonces se levantó atentamente el baron; miró á Perillan como estrañando el ropaje, y arrojándole una silla le instó á que tomase asiento. —Usted estrañará mi vestimenta, dijo el criado de Macías; pero no hará tal cuando se haga cargo de que para atravesar todo el pais desde el riñon de Vizcaya hasta esta ciudad es preciso adoptar un traje humilde como éste, si se han de sortear con probabilidades de buen éxito las tropas de los defensores de Isabel. —¿Conque usted, saltó el baron, viene de allá, acaso de la corte misma?—Sí señor, respondió Perillan: traigo una importante comision que desempeñar en servicio del rey nuestro señor: y el conde, que como usted sabrá es valido del monarca, me encargó al partir el

que me valiera de usted para cuanto pudiera ocurrírseme, siendo la primera persona que aquí visitase. —Oh! el buen conde, repuso el baron, le consta mi adhesion y lealtad al señor don Carlos, ademas de que siendo íntimo amigo mio, me habria inferido un agravio si se hubie-ra valido en Sevilla de otra persona que no do mí. —No tengo carta ni documento, dijo Perillan, que certifique mi comision, porque era esponerme en caso de registro, no solo á morir sin provecho de nuestra causa, sino á que fracasase el proyecto de cuya realizacion vengo encargado. —¿Y cuál es, preguntó el baron; si es que puedo saberlo?—A eso voy, replicó Perillan, acercando su asiento al del noble título de Castilla. En esta ciudad, que cuenta con muchos leales, debe establecerse un centro de operaciones ocultas, para ir preparando el terreno á fin de que tengan buen resultado las expediciones, que mas tarde vendrán del ejército del Norte. Mi mision es la de ponerme en relaciones con todos los leales; ser el conducto por donde éstos reciban instrucciones de la corte del rey nuestro señor; saber lo que se vá adelantando en la opinion, á fin de que no sean infecundas, sino que encuentren muchos adictos las expediciones de que he hablado; y principalmente la de agitar la desunion entre los liberales, con los cuales he de contraer amistades, pasando por profesar las mismas opiniones que ellos y en un grado estremo. Como usted comprenderá, es difícil mi comision, y hasta cierto punto repugnantísima para un caballero; pero la justa causa así lo exige, y ademias, un leal no debo hacer mas que inclinársele la cabeza y obedecer á su legítimo monarca. —El baron escuchó con sumo interés la relacion de Perillan; y aun cuando se le ocurrieron algunas observaciones, fueron respondidas inmediatamente por su interlocutor con una pasmosa serenidad. —¿Y qué puedo yo hacer en obsequio de usted? preguntó el baron. —Mucho, respondió el criado de Macías: yo necesito establecerme en Sevilla de una manera que aleje todo linaje de sospecha á las autoridades. Al efecto, es preciso que pase plaza de dependiente ó secretario de usted, dándome habitacion en su casa. Conozco que esto pudiera algun dia acarrear algun compromiso para usted, si lo que no es de creer, se descubriese mi mision; pero esto mismo no se le ocultó al señor con-

de de Torrefirme, cuando me dijo estas palabras: «hablará usted con una persona benemérita que en circunstancias mas difíciles supo esponer su vida y echar sobre sí todo género de compromisos en servicio de la causa absolutista, representada por el señor don Fernando Sétimo.»—Y dijo bien, exclamó el baron: desde ahora será usted mi secretario; dispondrá de mí en cuanto estime oportuno para el triunfo de las buenas ideas; en la habitacion inmediata le pondrán cama en que dormir, y en suma, puede pedirme cuanto le haga falta y quiera, contando con un amigo. Le advierto á usted que estoy como separado de mi misma familia, porque en cierto modo me agrada la soledad: no trato á otros criados que al que me sirve á mí solo, no conociendo casi á los demás.

Dejó Perillan al baron, quedando en volver despues de las oraciones, y pasando á la cocina antes de salir á la calle, preguntó á la vieja si habia dado la carta á su señora. La respuesta fué entregarle otra, que recibió y guardó el criado de Macias, diciendo á la cocinera:—Desde hoy soy tambien de la casa y tú no me conoces para nada, y como si jamás en la vida me hubieras hablado ni visto siquiera. Dicho esto, salió de la casa, dirigiéndose á la de Macias, en donde al poco tiempo entraron éste y don Luis, para saber el éxito de la empresa. No fué tan pronto que Perillan no tuviera tiempo para practicar la copia que le hemos visto hacer de toda la correspondencia entre los dos amantes; y así fué que apenas vió á su amo, cuando sacando del bolsillo la epistola fingida dijo:—Todo está hecho: la carta de usted entregada; recogida la respuesta, y además admitido al servicio del señor baron en calidad de mozo especial de su cuarto.—Bravísimo! exclamó don Luis, abrazándolo con entusiasmo, y á tiempo que Macias tomaba la supuesta carta de Sabea, con el mayor trasporte de alegría.—Y ¿cómo? preguntaron á una vez los dos amigos.—Muy fácil, respondió Perillan: ya he dicho á ustedes que mi madre es la cocinera de la casa del baron, y aunque no me ha criado por razones que no son de este momento, no deja por eso de mostrarme algun interés, siquiera por el qué dirán de las gentes. Pues bien, la dije que usted me habia despedido de su casa, encontrándome sin acomodo, por lo cual iba á ha-

blar al baron para que me admitiese en su servicio, y que si no lo conseguia abandonaba á Sevilla para nunca mas volver á ella, buscando mi vida en otra poblacion. Esto la escitó de tal manera que vió á su amo, le suplicó y le lloró por mí, y tanto le dijo y tal la encareció, que el buen hombre inventó una plaza para mí, haciéndome su criado especial, como acabo de decir.—¡Eres un héroe! repuso don Luis; ¿pero podrás enterarte de todo lo que piensa, de lo que escribe y le escribían contra nosotros?—Pues no que no, respondió el criado: tenga yo un pié dentro de la casa, y que me emplumen si no averiguo todo y aun mas de lo que ustedes desean. Conque al asunto: todas las noches á las oraciones vendré yo á esta casa á darles cuenta de mis descubrimientos contrarios ó favorables á la buena causa. Desde luego, dispéñame usted el obsequio de manifestar á quien corresponda mis trabajos y lo dispuesto que estoy á hacer cuanto se me encomiende en beneficio del triunfo de las doctrinas liberales y en contra de la presente tiranía.—Pierde cuidado, respondió don Luis; no solamente lo diré, sino que haré ver cuánto nos interesa á todos el que tú acudas á nuestras sesiones á fin de que todos sepan de tus propios labios las noticias, y sin los recelos de adulteracion que sufren todas cuando pasan por distintos conductos intermedios. ¿Qué dices á esto, Macias?—Macias desde que tomó la carta no habia hecho caso de cuanto se estaba hablando, si no que apartándose un poco rompió el sobre, abrió y leyó con avidéz las líneas de su adorada.—Pero tú, continuó don Luis, embebido en tus tonteras no te has enterado de nada de lo que pasa: mira, te fusilaría ahora de buena gana.—Macias se riyó y don Luis cogió el sombrero y mas ligero que un pájaro tomó el camino de la calle, diciendo mientras salia de la casa:—El tiempo urge; es preciso hablar á los amigos; Perillan, mañana te espero sin falta alguna á las oraciones.—Ya estas palabras las pronunció á gritos y no habló mas porque habia desaparecido del todo.—Está loco con sus proyectos de sublevacion, dijo Macias á Perillan, y en seguida añadió:—Sabea me espera pasado mañana á las ocho: la presencia del baron fué anoche enteramente casual, no debiendo yo tener ningun género de recelo. Soy, pues, feliz.

F. S. DEL ARCO.

(Continuad.)

Concierto del señor Bazzini.

En la noche del juéves último tuvo lugar el segundo concierto dado en el salon de la Camorra por el señor Bazzini. Solamente la alta reputacion de este célebre violinista podría atraer la numerosa y escogida concurrencia que asistió aquella noche á escuchar y admirar á este artista. Con efecto, tocó algunas piezas con prodigiosa maestría, dejando asombrados á los inteligentes en el arte, quienes nos aseguraron que en punto á ejecucion deja atrás al señor Bianchi. Sin embargo, no sabemos porqué siendo esto así, el público hacia siempre repetir á este último, tanto la fantasia sobre el ária final de *La Lucia*, como las variaciones sobre el *Carnaval de Venecia*, al paso que al señor Bazzini, á quien sin dejar de aplaudir, no ha dispensado este honor. Quizás provenga de que el señor Bianchi tuviera mas sentimiento artístico que éste último, ó de que fué oído antes que él, y por consiguiente produjo en el ánimo la impresion de la novedad.

En todas las piezas que tocó fué escuchado el señor Bazzini con placer sumo, y de ello dieron muestra los concurrentes en los muchos bravos y aplausos que le tributaron.

La señorita Luchesi tocó en el piano dos piezas con bastante gusto, teniendo el placer de acompañarla en la primera uno de los individuos de la Sociedad filarmónica, en lugar del señor don Ventura Sanchez Lamadrid.

La señora Landi cantó con bastante expresion un ária de los *Puritanos*, una cavatina de la *Beatrice*, otra del *Barbero de Sevilla* y la Polka de *Los Lombardos*, y recibió del galante público gaditano algunas palmadas.

Miscelánea.

Han llegado á Cádiz todas las decoraciones y maquinaria del *Roberto el Diablo*, que deberá ponerse pronto en escena con todo el

aparato que requiere esta ópera. Creemos que si llega á ejecutarse siquiera medianamente, podrá resarcirse la empresa de las pérdidas que hasta ahora ha sufrido. Pero para ello es preciso que tenga buena eleccion en los cantantes que hayan de ejecutar tan difícil partitura.

—NUEVA COMPAÑÍA.—El viénes llegó á Cádiz, procedente del teatro de la Comedia, y de otras compañías del reino, la dramática que ha de ejecutar algunas zarzuelas. Una de las primeras que pondrá en escena es *El Duende*, que tan aplaudido ha sido en la capital y del que no podemos formarnos una idea por lo que por acá se ha oído. También se ejecutará muy en breve *El tío Canijitas*, que tanto entusiasmo en Cádiz y que tan buenas entradas dió á la empresa del teatro de San-Fernando.

Tan luego como se ha sabido la llegada de la compañía dramática, la pregunta que nos hacen todos es: «¿Saben ustedes si se dará el *Tío Canijitas*?» Tan grande y tan general es el deseo de volver á oír una opereta que se ha hecho extraordinariamente popular, pues pocas son las personas de todas las clases de la sociedad, que no sepan de memoria muchas de las principales piezas de tan graciosa produccion de dos ingenios andaluces.

—SOCIEDAD LITERARIA DE MADRID.—*Pobres y ricos*, ó *La bruja de Madrid*; novela de costumbres sociales original de don Wenceslao Ayguals de Izco.—Se han repartido las entregas 19 y 20 de esta obra, cuya edicion es de gran lujo, en papel glaseado con grabados en el texto, láminas coloreadas aparte y el retrato del autor grabado en acero, que se regalará á la conclusion de la obra. Toda ella saldrá con rapidéz, y formará dos tomos de considerable dimensiones. Cada entrega consta de 16 páginas, y cuesta dos reales en Madrid y dos y medio en las provincias, franco el porte.

Se suscribe en Madrid en la Sociedad Literaria, calle de Leganitos, número 47, y en las librerías de Cuesta y Matute: en provincias, en correos y principales librerías.

Imprenta de Don Francisco Pantoja, calle de la Aduana, número 20.